

*Caballeros de Colón presenta
La Serie Luke E. Hart
Elementos Básicos de la Fe Católica*

EL PERDÓN DE LOS PECADOS

PRIMERA PARTE • SECCIÓN OCHO DE
CRISTIANISMO CATÓLICO

*¿Qué cree un católico?
¿Cómo rinde culto un católico?
¿Cómo vive un católico?*

Basado en el
Catecismo de la Iglesia Católica

*por
Peter Kreeft*

Editor General
Padre Gabriel B. O'Donnell, O.P.
Director de Servicio de Información Católica
Consejo Supremo de los Caballeros de Colón

Nilil obstat: (provisto para el texto en inglés)
Reverend Alfred McBride, O.Praem.

Imprimatur: (provisto para el texto en inglés)
Bernard Cardinal Law
19 de diciembre de 2000

El *Nilil Obstat* y el *Imprimatur* son declaraciones oficiales de que un libro o cuadernillo está libre de error doctrinal o moral. Estas autorizaciones no implican de forma alguna que quienes han otorgado el *Nilil Obstat* y el *Imprimatur* estén de acuerdo con el contenido, las opiniones o las declaraciones expresadas.

Derechos de Autor © 2001 del Consejo Supremo de los Caballeros de Colón
Todos los derechos reservados.

Las citas del *Catecismo de la Iglesia Católica* están tomadas de la traducción al español del *Catecismo de la Iglesia Católica, Segunda Edición: Modificaciones basadas en la Editio Typica*, Derechos de Autor © 1997, United States Catholic Conference, Inc.-Libreria Editrice Vaticana.

Las citas de las Escrituras contenidas aquí están adaptadas en la versión en inglés del Revised Standard Version of the Bible, copyright © 1946, 1952, 1971, y de New Revised Standard Version of the Bible, copyright © 1989, por la División de Educación Cristiana del Concilio Nacional de las Iglesias de Cristo en los Estados Unidos de América, y se utilizan con autorización. Todos los derechos reservados.

Para la versión en español se ha usado la Biblia de Jerusalén, © Desclée de Brouwer, Bruxelles, (Belgium).

Los pasajes en inglés del Código de Ley Canónica, edición Latina/Inglés, se usan con autorización, derechos de autor © 1983 Canon Law Society of America, Washington, D.C.

Las citas de documentos oficiales de la Iglesia, en la versión en inglés, de Neuner, Josef, SJ, y Dupuis, Jacques, SJ, eds., *The Christian Faith: Doctrinal Documents of the Catholic Church*, 5ta ed. (New York: Alba House, 1992). Usado con autorización.

Citas en inglés del Concilio Vaticano II: *The Conciliar and Post Conciliar Documents*, New Revised Edition editada por Austin Flannery, OP, derechos de autor © 1992, Costello Publishing Company, Inc., Northport, NY, se usan con autorización de la editorial, todos los derechos reservados. Ninguna parte de estas citas puede ser reproducida o transmitida por ningún medio, electrónico o mecánico, incluyendo fotocopias, grabaciones o archivada en un sistema de reproducción sin el permiso específico de Costello Publishing Company.

Para esta versión en español, los textos del Concilio Vaticano están tomados de *Documentos Completos del Vaticano II*, derechos reservados © Editorial: El Mensajero del Corazón de Jesús, Bilbao, España.

Portada: © The Crosieres / Gene Plaisted, OSC

Ninguna parte de este cuadernillo puede ser reproducida o transmitida en cualquier forma o por ningún medio, electrónico o mecánico, incluyendo fotocopias, grabaciones o archivada en un sistema de reproducción sin el permiso escrito del editor. Escribir a:

Servicio de Información Católica
Consejo Supremo de los Caballeros de Colón
P.O. Box 1971
New Haven, CT 06521

Impreso en los Estados Unidos de América

UNA PALABRA SOBRE ESTA SERIE

Este cuadernillo es uno de una serie de 30 que ofrece una expresión familiar de elementos principales del *Catecismo de la Iglesia Católica*. El Papa Juan Pablo II, bajo cuya autoridad se publicó el *Catecismo* en 1992, instó a que se prepararan versiones de esta naturaleza para que cada pueblo y cada cultura puedan apropiarse de su contenido como si fuera suyo.

Los cuadernillos no sustituyen el Catecismo, pero se ofrecen sólo para hacer más accesible su contenido. La serie es a veces poética, familiar, festiva e imaginativa; en todo momento busca ser fiel a la fe. A continuación los títulos de nuestra serie.

Parte I: Lo que los católicos creen (Teología)

Sección 1: Fe

Sección 2: Dios

Sección 3: Creación

Sección 4: La persona humana

Sección 5: Jesucristo

Sección 6: El Espíritu Santo

Sección 7: La Santa Iglesia Católica

Sección 8: El perdón de los pecados

Sección 9: La resurrección del cuerpo

Sección 10: La vida eterna

Parte II: Cómo rezan los católicos (Culto)

Sección 1: Introducción a la liturgia católica

Sección 2: Introducción a los sacramentos

- Sección 3: Bautismo y confirmación
- Sección 4: La Eucaristía
- Sección 5: Penitencia
- Sección 6: Matrimonio
- Sección 7: Orden y Unción de los enfermos
- Sección 8: Oración
- Sección 9: El Padre Nuestro
- Sección 10: María

Parte III: Cómo viven los católicos (Moralidad)

- Sección 1: La esencia de la moralidad católica
- Sección 2: La naturaleza humana como base de la moralidad
- Sección 3: Algunos principios fundamentales de moralidad católica
- Sección 4: Virtudes y vicios
- Sección 5: Los Tres Primeros Mandamientos: Deberes hacia Dios
- Sección 6: El Cuarto Mandamiento: Moralidad familiar y social
- Sección 7: El Quinto Mandamiento: Temas morales sobre la vida y la muerte
- Sección 8: El Sexto y Noveno Mandamientos: Moralidad sexual
- Sección 9: El Séptimo y Décimo Mandamientos: Moralidad económica y política
- Sección 10: El Octavo Mandamiento: La verdad

PRIMERA PARTE: LO QUE LOS CATÓLICOS CREEN (TEOLOGÍA)

SECCIÓN 8: EL PERDÓN DE LOS PECADOS

1. La importancia del perdón

Es absurdo temer o resentir la autoridad de la Iglesia, puesto que esa autoridad es la base sobre la cual ella perdona nuestros pecados.

Cuando se le preguntó que por qué se hizo católico, G.K. Chesterton, el gran escritor inglés, respondió: “Para que me perdonaran mis pecados”.

Jesús vino a la Tierra con ese propósito. “Dará a luz un hijo y le pondrás por nombre Jesús [“Salvador”], porque Él salvará a su pueblo de sus pecados.” (Mt 1,21). Y la Iglesia, puesto que es su Cuerpo, continúa su trabajo. Por consiguiente, el propósito de la Iglesia en la Tierra es extender a través del tiempo y el espacio este reino del perdón.

No sólo el perdón, sino el perdón de Cristo. El perdón, al igual que la misma Iglesia, es totalmente Cristocéntrico.

“Cristo, después de su Resurrección, envió a sus apóstoles a predicar ‘en su nombre la conversión para perdón de los pecados a todas las naciones’ (Lc 24, 47). Este ‘ministerio de la reconciliación’ (2 Co 5, 18), no lo cumplieron los apóstoles y sus sucesores anunciando solamente a los hombres el perdón de Dios merecido para nosotros por Cristo y llamándoles a la conversión y a la fe, sino comunicándoles también la remisión de los pecados por el

Bautismo y reconciliándolos con Dios y con la Iglesia gracias al poder de la llaves recibido de Cristo” (C 981).

¿Cuán importante es el perdón? ¡Eternamente importante! “Si en la Iglesia no hubiera remisión de los pecados, no habría ninguna esperanza, ninguna expectativa de una vida eterna y de una liberación eterna. Demos gracias a Dios que ha dado a la Iglesia semejante don⁵²⁸” (C 983).

2. La necesidad del perdón: la realidad del pecado

¿Por qué necesitamos el perdón? Porque somos pecadores.

El pecado es el problema mayor de la vida, puesto que el pecado es la separación de la solución mayor de la vida, Dios, la fuente de toda bondad y vida y gozo.

El pecado es real. Así también lo es la justicia. El pecado merece castigo. El temor a la justicia divina es sensato puesto que esa justicia es verdadera. Si no lo fuera, cada libro de la Biblia estaría mintiendo.

La labor de Cristo y su Iglesia es “el perdón de los pecados”. No las imperfecciones ni los errores, ni la inmadurez, sino los pecados. El daño cerebral es una imperfección, $2+2=5$ es un error, y el amor de adolescencia es una inmadurez; pero los actos de avaricia y lujuria y orgullo son pecados.

Pero el sentido del pecado, la convicción del pecado, está cada vez más ausente de las mentes modernas. Esto es un desarrollo radicalmente nuevo en la historia de la civilización occidental. Los paganos antiguos tomaron el pecado como un hecho y negaron la salvación; los paganos modernos toman la salvación como un hecho y niegan el pecado. Los profetas más populares de nuestra sociedad, los psicólogos “pop”, ven el pecado como una superstición, el sentido de culpa como una enfermedad mental, y “el temor del Señor” - que la Biblia

llama “el comienzo de la sabiduría” - como inmadurez emocional.

¿Por qué es el “comienzo de la sabiduría” (Prov 9,10)? Porque la sabiduría del amor del Evangelio presupone la sabiduría del temor religioso; la “buena nueva” del perdón de los pecados presupone las “malas nuevas” de los pecados a ser perdonados.

En efecto, Cristo dijo que Él no vino para quienes no creen que son pecadores: “No necesitan médicos los que están fuertes, sino los que están mal... Porque no he venido a llamar a justos sino a pecadores” (Mt 9,12-13). Si no hay confesión de los pecados, no hay perdón ni salvación.

“Si decimos: ‘No tenemos pecado’, nos engañamos y la verdad no está en nosotros” (1 Jn 1,8). Esto es lo que la Biblia asume constantemente. Si se niega la suposición entonces todo lo demás en la Biblia pierde su sentido. Los profetas se convierten en exageraciones extrañas, y la Encarnación y Crucifixión de Cristo se convierten en reacciones exageradas innecesarias.

3. Siete formas de negar la realidad del pecado

El mismo concepto del pecado presupone siete otras ideas que se derivan de la revelación de Dios a Abraham y las tres religiones (judaísmo, cristianismo e islamismo) que surgen de eso; siete ideas que las religiones y filosofías alternativas niegan.

- 1) El ateísmo (“ningún Dios”) *niega que haya un Dios contra quien pecar.*
- 2) El politeísmo (“muchos dioses”) *niega que haya un solo Dios, que es todo bien y que merece ser obedecido.*
- 3) El panteísmo (“todo es Dios”) *niega que Dios tiene una voluntad que distingue entre el bien y el mal.*

- 4) El deísmo (un Dios, pero un Dios ausente) niega *que Dios ha intervenido en la historia* para dar a conocer su voluntad al establecer una alianza y dar mandamientos.
- 5) El escepticismo niega *que podemos conocer* la ley de Dios, la voluntad de Dios, o el carácter de Dios.
- 6) El determinismo niega *que tenemos una libre voluntad* y que por eso somos personalmente responsables de nuestras decisiones entre el bien y el mal.
- 7) Y el optimismo ingenuo niega *que el mal existe* en la humanidad.

4. El significado del pecado

“Pecado” significa más que sólo comportamiento malo o malos hábitos. Significa un No a Dios, a su voluntad, su ley y su amor. Significa romper la relación de amor-alianza con Dios. Es como una infidelidad marital (una analogía que los profetas usan con frecuencia). Conciérne una *relación*, no sólo un individuo aislado; y una relación *personal*, no sólo una relación con un principio abstracto; y una relación con Dios, no sólo con el hombre.

El perdón es el comienzo de la restauración de la relación. Es una reconciliación.

Pero la “buena nueva” del perdón presupone la “mala nueva” del pecado, como una cura presupone una enfermedad. El cristianismo no parece “buena nueva” en lo absoluto para los que se creen muy justos y buenos, no más que una operación de trasplante de corazón libre de costo parece buena nueva al paciente que no sabe que se está muriendo.

5. *Dos clases de pecado: pecado original y pecado actual*

“Pecado actual” es algo que *hacemos*; “pecado original” es algo que *tenemos*, como una enfermedad. La analogía no es demasiado insultante; no es lo suficientemente insultante; el pecado es mucho peor que cualquier enfermedad física.

“Pecado actual” significa pecados, actos particulares, decisiones de obedecer nuestra propia voluntad cuando está en conflicto con la voluntad de Dios tal como se revela en su ley, la ley moral que está escrita tanto en los Diez Mandamientos como en nuestros propios corazones y conciencias.

“Pecado original” se refiere *no meramente* al primer pecado actual cometido por Adán y Eva (esa es una confusión popular), *sino también* a nuestro estado o condición de estar privados de vida sobrenatural; al estado de separación de Dios con el cual nacemos, la naturaleza humana caída que heredamos del primer pecado actual de nuestros primeros padres – muy parecido al estado de divorcio que resulta de la decisión de divorciarse, o al estado de muerte que resulta de un acto de matanza, o el estado de drogadicción que resulta de la decisión de tomar la primera droga.

La analogía a las drogas también suena insultante, pero eso tampoco es lo suficientemente insultante. Puesto que el pecado es peor que las drogas. Las drogas sólo pueden arruinar nuestra vida, el pecado puede arruinar nuestra eternidad.

6. *El significado de Pecado Original*

Pecado Original se podría llamar “egoísmo original”. Nuestros instintos son egoístas. Nacemos con el principio de egoísmo en nosotros por naturaleza. Esto se puede observar hasta en los infantes. Por supuesto, nosotros no los culpamos personalmente por ser egoístas, pero como San Agustín argumentó: “Mientras vamos creciendo arrancamos esas

maneras y las descartamos - lo que quiere decir que las consideramos malas - puesto que ningún hombre ocupado en remover el mal eliminaría, conscientemente, lo que es bueno”.

El pecado original es una idea muy impopular en el mundo moderno. Pero es parte esencial del evangelio cristiano, y “[l]a Iglesia, que tiene el sentido de Cristo,²⁴⁸ sabe bien que no se puede lesionar la revelación del pecado original sin atentar contra el Misterio de Cristo” (C 389). Porque el pecado es precisamente de lo que este “Salvador” nos libra.

El Pecado Original no significa que estamos “totalmente depravados” (término que uso el protestante Juan Calvino), o totalmente mal, o más mal que bien (¿cómo se podría medir eso?), ni que nuestro propio *ser* es malo, ni que ya no somos infinitamente valiosos e infinitamente amados por Dios. Significa que estamos mortalmente heridos, una obra de arte mutilada. Mientras más grande sea la obra de arte, más terrible es su mutilación.

El pecado original es un concepto difícil para nosotros porque no podemos apreciar la gran diferencia entre nuestro estado actual y el primer estado de inocencia sin mancha, la cual nunca hemos experimentado. Nuestros instintos toman espontáneamente nuestro presente estado de egoísmo como la norma, antes bien que la anormalidad. Pero nuestra fe y nuestra razón nos dicen que el buen Dios no nos puede haber creado egoístas por naturaleza; que ahora todos somos “anormales”.

El pecado original, el estado innato de toda la humanidad, explica por qué todos nosotros cometemos pecados actuales. Si todos nosotros hubiésemos nacido libres de pecado e inocentes como Adán, seguramente algunos de nosotros hubiésemos escogido permanecer así. Sin embargo, nadie lo hace. (Y mientras mejores y más santos somos, más rápida y claramente lo admitimos.) ¿Por qué?

Porque no nacemos inocentes del Pecado Original, sólo inocentes de los pecados actuales. Y el Pecado Original nos lleva a cometer pecados actuales. Nuestro ser condiciona nuestras acciones. Pecamos porque somos pecadores, al igual que cantamos porque somos cantantes. Nuestra naturaleza condiciona nuestros actos, al igual que la química cerebral y dependencia química de un alcohólico condiciona su acto de beber.

Esto no significa que no seamos responsables de los pecados actuales, porque la selección de la voluntad también está envuelta en la acción - a veces mucho, a veces poco. No estamos *determinados*, pero estamos *condicionados* - llevados, halados, influenciados - por nuestra naturaleza pecaminosa e instintos. Pero también tenemos la libertad de escoger u obedecer nuestros instintos o resistirlos. Nosotros *podemos* y con frecuencia escogemos contrario a nuestros instintos - por ejemplo, cuando ayunamos o hacemos sacrificios.

Cómo el Pecado Original se transmite de nuestros primeros padres a todos sus descendientes es un misterio sobre el que tenemos conocimiento imperfecto. Lo mismo es cierto sobre el misterio de nuestro propio ser, la unión de cuerpo y alma. La transmisión es por herencia, no sólo ambiental - una especie de herencia espiritual. Nuestro egoísmo proviene de nuestra naturaleza, no sólo de la sociedad, o por imitación.

El origen del pecado puede ser misterioso, pero su existencia, su realidad y presencia ahora, en nuestra experiencia individual y social, es muy clara. El dogma está confirmado por los datos. “Lo que la revelación divina nos enseña coincide con la misma experiencia. Pues el hombre, al examinar su corazón, se descubre también inclinado al mal e inmerso en muchos males que no pueden proceder de su Creador, que es bueno...²⁷⁵” (C 401), o del enteramente buen

mundo que Él creó; de modo que debe proceder de su propia “caída” libre.

7. El trasfondo histórico del concepto cristiano del pecado

Toda la humanidad tiene un instinto religioso, una tendencia a dar culto a algo. También tenemos un instinto moral, una tendencia a juzgar entre el bien y el mal. Sólo un pueblo en la historia unió estos dos instintos definitivamente: los judíos (y cristianos y musulmanes, quienes aprendieron de ellos). Porque el Dios que ellos adoraban, el Dios que se reveló a sí mismo a ellos, contrario a todos los otros dioses, era enteramente bueno y su voluntad fue el origen de la ley moral. El objeto de culto y el ideal moral eran lo mismo para los judíos, contrario a los demás pueblos antiguos. Esta no era su obra, sino la de Dios. Ellos conocían al Dios verdadero porque Dios quiso revelarse a ellos, los escogió a ellos para ser su profeta colectivo para el mundo.

Los judíos conocieron dos relaciones con este Dios que ningún otro pueblo antiguo tenía con sus dioses, dos posibilidades de intimidad personal desconocidas para los paganos: “fe” y “pecado.” “Fe” para ellos significaba más que “creencia”; significaba confianza personal y fidelidad, como en el matrimonio. (En efecto, la “alianza matrimonial” es el paralelo humano más cercano a esta relación de “alianza” con Dios). “Pecado” significaba el rompimiento de esta relación íntima: infidelidad espiritual o divorcio. Como ningún pagano conoció una intimidad tan maravillosa con Dios, tampoco ningún pagano conoció tan terrible alejamiento de Dios. La altura de la montaña mide la profundidad del valle; mientras mayor el tesoro, mayor la tragedia cuando se pierde.

Los cristianos heredaron estas dos categorías, “fe” y “pecado,” como las dos opciones fundamentales de relación con Dios. En estos términos San Pablo pudo escribir: “Pues todo lo que no procede de la fe, es pecado” (Rom 14,23). Los

cristianos conocieron una intimidación aun mayor con Dios por medio de la Encarnación, y un mayor horror del pecado por medio de la Crucifixión. Cuando uno ve el asesinato de Dios ningún otro mal se le asemeja.

El pecado es tan real y tan terrible que el precio que Dios tuvo que pagar por su perdón fue la preciosísima sangre de su propio Hijo, y ese terrible grito desde la Cruz desde las profundidades del infierno: “¡Dios mío, Dios mío! ¿por qué me has abandonado?” (Mt 27,46).

Nunca se pagó mayor precio por nada que lo que Dios pagó por nuestro perdón. Por lo tanto, nada en el mundo es más valioso que el perdón.

8. ¿Por qué no pudo Dios sólo perdonar nuestros pecados sin la muerte de Cristo?

Porque eso hubiese significado pasarlo por alto. Y Dios es Verdad.

Suponga que usted ha hecho algo real y terrible a un buen amigo. Usted reconoce el daño que ha hecho, y el sentido de culpa que usted tiene le persigue con su verdad. Ahora suponga que, cuando suplica ser perdonado, su víctima dice: “Olvídelo. No hay nada que perdonar”. Eso *no* le libera a usted. Hay que encarar y tratar con la verdad. “Olvídelo” no es lo mismo que “lo perdono”.

El pecado es una realidad tanto como la muerte o la enfermedad o el divorcio son realidades. Esto debe ser tratado por una realidad, no sólo con la guiñada del ojo. Existe una deuda verdadera y se tiene que pagar verdaderamente.

Y eso debe costar algo. Si le perdono a usted su deuda de \$1,000, eso me cuesta \$1,000 y deberé pagar \$1,000 de mi propio bolsillo a mis acreedores. Si yo asumo la deuda de otro, tengo que pagarla yo.

Y la deuda humana que Dios asumió fue la muerte.

“Sin derramamiento de sangre no hay remisión” (Heb 9,22). Dios enseñó a su pueblo escogido por casi dos mil años

desplegando ante sus ojos cada día en el Templo la matanza ritual de animales, especialmente el cordero inmolado. Este era el acto central de la liturgia que ellos efectuaban.

Porque el pecado implica el derramamiento de sangre, o por lo menos el daño de algún modo a la vida humana. Nada menor que sangre de vida humana puede redimir (recuperar) la sangre de vida humana.

De modo que Dios, por María, tomó nuestra sangre, tomó la naturaleza humana y sangre humana, para poder dar su vida como el precio de nuestro perdón.

9. Sólo Cristo puede perdonar pecados

No puede haber perdón sin Cristo. Los fariseos reconocían esta pretensión de perdonar pecados como una pretensión de divinidad y objetaban: “¿Quién puede perdonar pecados sino sólo Dios?” (Mc 2,7).

Ningún pecador, quien necesitaba ser redimido, podía pagar el precio por la redención de la humanidad. Pero la naturaleza divina de Dios, perfecta e inmortal, no podía morir o sufrir. Por eso Dios asumió la naturaleza humana para efectuar el perdón de los pecados. El perdón es la razón para la Crucifixión; y la Crucifixión es la razón para la Encarnación.

10. El poder de la Iglesia para perdonar los pecados

Sólo Dios puede perdonar pecados. Pero Dios se hizo hombre en Cristo, y Cristo le dio a la Iglesia el poder de transmitir el perdón de Cristo. Ella perdona en nombre de Jesucristo, no en el suyo propio. Ella tiene la autoridad para perdonar pecados porque Cristo se la dio a ella: “Como el Padre me envió, también yo os envío...A quienes perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos” (Jn 20,21-23).

“[A]l recibir el santo Bautismo que nos purifica, es tan pleno y tan completo el perdón que recibimos, que no nos queda absolutamente nada por borrar, sea de la falta original, sea de las faltas cometidas por nuestra propia voluntad... Sin embargo, la gracia del Bautismo no libra a la persona de todas las debilidades de la naturaleza. Al contrario, todavía nosotros tenemos que combatir los movimientos de la concupiscencia [deseos pecaminosos, deseo de pecar] que no cesan de llevarnos al mal⁵¹⁹” (C 978).

Y cuando pecamos, “Por medio del sacramento de la Penitencia, el bautizado puede reconciliarse con Dios y con la Iglesia” (C 980). El sacramento de la Penitencia perdona todos los pecados actuales si son confesados y hay sincero arrepentimiento. Este sacramento nos libera, perdona y nos da paz. El demonio odia y le teme al confesionario más que a ningún otro lugar en la tierra fuera de la misma Eucaristía.

San Juan Crisóstomo escribió: “Los sacerdotes han recibido un poder que Dios no ha dado ni a los ángeles ni a los arcángeles...”⁵²⁷ (C 983). Este es el poder de perdonar pecados.

11. ¿Existe un “pecado imperdonable”?

No hay pecado tan grande que no pueda ser perdonado por Dios y su Iglesia, si el arrepentimiento es sincero. “No hay ninguna falta por grave que sea que la Iglesia no pueda perdonar” (C 982). Sólo la falta de arrepentimiento, sólo el negarse a creer en y aceptar el regalo del perdón de Dios, es imperdonable. Dios nunca niega su perdón, pero nosotros a veces nosotros nos quedamos sin arrepentirnos.

¿Cómo podría algún pecado finito agotar la misericordia infinita de Dios? ¿Cómo podría ser el mal más fuerte que el bien? Ningún pecado es demasiado grande para evitar que el perdón de Dios nos libre de él, pero ningún pecado es

demasiado pequeño para condenarnos si nos negamos a arrepentirnos de él.

12. Nada peor que el pecado

No hay nada mejor que Dios. Y el pecado nos separa de Dios. Por lo tanto, no hay nada peor que el pecado.

Nada, sino el pecado, puede separarnos de Dios, en el tiempo o en la eternidad. Porque el pecado es la desviación de la voluntad de Dios, y la voluntad de Dios no es otra que nuestra propia felicidad. En efecto, la voluntad de Dios es que compartamos su propia vida divina en felicidad inimaginable. Una vez uno se da cuenta de cuán grande es el amor de Dios y cuán grande es la felicidad que Él quiere para nosotros, no hay nada - dolor, fracaso ni horror - que pueda ser peor que la única y singular cosa que pueda separarnos de ese fin: pecar sin arrepentirnos.

13. La realidad del infierno

Es difícil para las mentes modernas creer que la alternativa para el perdón es el infierno; que morir en pecado sin arrepentimiento y sin perdón es merecer la separación eterna de Dios.

Pero tenemos libre albedrío, por lo tanto *podemos* escoger morir en ese estado. Y como no hay reencarnación, no hay una segunda oportunidad (“el destino de los hombres es que mueran una sola vez, y luego ser juzgados” - Heb 9,27), resulta que la eterna separación de Dios - el infierno - es realmente posible.

Si el infierno no es real, Jesús es un tonto o un mentiroso. Nadie habló más, o con más seriedad sobre el infierno que el dulce y gentil Jesús.

¿Por qué Él hizo eso? Por la misma razón que padres amorosos hablan a sus hijos con más seriedad que nadie sobre no cruzar una calle muy transitada o jugar con fósforos.

La *imágenes* populares del infierno - azufre, trinchantes y torturas - y hasta la metáfora bíblica del fuego no deben ser tomados *literalmente* (eso es parte de lo que se quiere decir al llamarlos “imágenes”), pero *hay* que tomarlo *con seriedad*. La realidad del infierno - separación eterna de Dios - es mucho más terrible, no menos, que las imágenes.

Dios no impone el cielo a los que lo rechazan. Si lo hiciera, no sería cielo para ellos de ningún modo, como tampoco un cantante de ópera sería celestial para una audiencia cautiva que preferiría estar en un concierto de rock - o viceversa. El infierno es real porque el libre albedrío es real. Nadie quiere que el infierno sea real, y todos quieren que el libre albedrío sea real, pero uno implica al otro: si somos libres, somos libres para rechazar el cielo.

Por lo tanto, el perdón de los pecados es infinito y eternamente importante. “Salvación” significa salvación del pecado y su consecuencia eterna, el infierno. Si el pecado y el infierno fueran mitos, ¿de qué nos estaría salvando la salvación de Cristo? ¿Cómo podría Jesús ser Jesús (“Salvador”)?

14. ¿Nos salva Cristo del pecado o del castigo?

El Salvador nos salva de dos cosas: del castigo del pecado y del pecado en sí.

El castigo del pecado es la muerte. “El salario del pecado es la muerte” (Rom 6,23).

Hay dos clases de muerte: temporal y eterna, muerte del cuerpo y muerte del alma. Cristo nos advierte: “Y no temáis a los que matan el cuerpo, pero no pueden matar el alma; temed más bien a Aquel que puede llevar a la perdición alma y cuerpo en la gehenna” (Mt 10,28).

La muerte (de cuerpo y alma) es el castigo inevitable por el pecado tanto como un dolor de estómago es el castigo inevitable para un niño que se come 20 galletas, o como la ignorancia es el castigo inevitable por no estudiar. No es un

castigo opcional externo añadido por decisión de Dios, como una nalgada al infante o la calificación de cero para el estudiante.

Pero Cristo no sólo nos salva del castigo del pecado. Él fue llamado “Salvador” porque “Él salvará a su pueblo de sus pecados” (Mt 1,21). Él no es meramente una póliza de seguros del fuego eterno. Seremos perfectamente santificados como perfectamente justificados. Él no sólo perdona nuestros pecados sino que también destruye nuestros pecados. Él no descansa hasta que nos haya hecho perfectamente santos, en esta vida o en el purgatorio (“sed perfectos como es perfecto nuestro Padre celestial” - Mt 5,48).

15. ¿Es el perdón un cambio legal o un cambio real?

Cuando Dios nos perdona, eso cambia no sólo nuestra relación legal con Dios, sino que nos cambia a nosotros también. Lutero enseñaba que el resultado del arrepentimiento y la fe era simplemente liberarnos de la pena y el castigo de la ley de Dios, o justificación legal, no santificación real. Él dijo que Dios nos veía *como* si fuéramos virtuosos porque Cristo pagó nuestra deuda.

Pero ésta es una imagen de Dios muy inadecuada. ¡Dios no es un abogado! En serio, Dios no puede engañarse a sí mismo; lo que Él ve es verdadero. Somos *hechos* verdaderamente virtuosos; somos santificados y justificados por la gracia de Dios. El Bautismo realmente quita el Pecado Original y nos da la vida sobrenatural.

Por lo tanto, la santificación, hacernos santos haciendo buenas obras, es una parte necesaria del perdón de los pecados y la salvación. Somos perdonados *para que perdonemos a otros*; se nos ha dado el amor de Dios *para que lo pasemos hacia adelante*. Somos justificados (perdonados) por la gracia pura, la merezcamos o no; pero somos justificados (perdonados) *para* las buenas obras. San Pablo

enseña ambos puntos a la vez cuando escribe: “Pues habéis sido salvados por la gracia mediante la fe; y esto no viene de nosotros, sino que es un don de Dios; tampoco viene de las obras, para que nadie se gloríe. En efecto, hechura suya somos: creados en Cristo Jesús, en orden a las buenas obras que de antemano dispuso Dios que practicaríamos” (Ef 2,8-10).

16. Teologías católicas vs protestantes respecto a perdón, fe y obras

Protestantes y católicos concuerdan en que la justificación nos llega como un don de Dios, un don que aceptamos por la fe. Nadie puede “comprar” su camino al cielo con “suficientes” buenas obras. “Pues habéis sido salvados por la gracia mediante la fe; y esto no viene de vosotros, sino que es un don de Dios” (Ef 2,8). El camino al cielo ha sido comprado para nosotros por la Sangre de Cristo. La fe es la aceptación de ese don.

Más aun, católicos y protestantes concuerdan en que, como receptores de este don gratuito, no tenemos que vanagloriarnos ante Dios. Por amor, Dios tuvo la iniciativa de salvarnos; nosotros no retornamos primero a Dios por nuestra cuenta. “En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que Él nos amó y nos envió a su Hijo, como víctima de expiación por nuestros pecados” (1 Jn 4,10; cf. Rom 5,6-10).

Hay desacuerdo, sin embargo, en cuanto a cómo la gracia divina alcanza nuestra justificación. Lutero y muchos protestantes después de él, sostenían que por la obra de Cristo, el pecador que acepta el Evangelio por fe es justificado al ser declarado no culpable ante Dios. En su parecer, el creyente no contribuye en nada a su justificación. Por la misericordia de Dios, el creyente es declarado justo por Dios, aunque él o ella siga siendo un pecador. Para Lutero, el creyente cristiano sigue siendo “simultáneamente una

persona justificada y un pecador”. Esta posición enfatiza la dependencia del pecador de la misericordia de Dios porque los pecadores se presentan frente a Dios sin méritos propios por los cuales pudiesen buscar recompensa de Dios.

De acuerdo con la enseñanza católica, sin embargo, el creyente es *declarado* justo por Dios porque él o ella se *convierte* en justo por una transformación interior por obra de la gracia de Dios. La santificación es un elemento intrínseco de justificación. “La justificación entraña, por tanto, el perdón de los pecados, la santificación y la renovación del hombre interior⁴⁴” (C 1989). No sólo son nuestros pecados perdonados, sino también, por obra del Espíritu Santo somos hechos miembros del Cuerpo de Cristo y se nos concede participación en la vida de Dios, la comunión del Padre, Hijo y Espíritu Santo.

Debido a esta transformación interior, la persona humana puede hacer más que recibir pasivamente la gracia de Dios y, en efecto, se le permite cooperar con ella por un acto de libre albedrío. Como contraste, muchos protestantes argumentan que el libre albedrío se perdió por el pecado. Esto refleja la preocupación de los protestantes de sostener la idea de que no podemos hacer nada para salvarnos y que sólo Dios nos salva. La enseñanza católica concuerda en que nosotros no nos salvamos a nosotros mismos, pero mantiene que nuestro libre albedrío permanece activo en la justificación. Primero que nada, la Iglesia enseña que el pecado le hace daño a la naturaleza humana (y por lo tanto al libre albedrío), pero no la destruye completamente. Segundo, la Iglesia sostiene que la gracia no echa a un lado la naturaleza, más bien la perfecciona, y que la gracia de Dios obrando en nuestros corazones no echa a un lado nuestro libre albedrío. Como el libre albedrío permanece, la justificación incluye necesariamente nuestra cooperación por libre elección con la gracia de Dios.

Cooperar con la gracia de Dios, a su vez, significa hacer buenas obras. Para los católicos, la justificación no sólo

requiere aceptar el Evangelio de Jesucristo por fe, sino también viviendo de acuerdo con sus enseñanzas. Como nos dice Santiago: “Así también la fe, si no tiene obras, está realmente muerta” (St 2,17). Por lo tanto, los católicos incluyen las buenas obras junto con la fe como una parte esencial de la justificación.

Puesto que nuestras buenas obras son actos de libre albedrío, aunque siempre en cooperación con la gracia, los católicos dicen de ellas que tienen mérito ante la presencia de Dios. Muchos protestantes rechazan cualquier mención de mérito que sugiriese que los pecadores humanos pueden hacer lo correcto por sí mismos, aparte de Dios, y de ese modo reclamar una recompensa de Dios. La enseñanza católica, sin embargo, señala cuidadosamente que el don inicial de gracia divina que llena nuestros corazones con amor de Dios, de ninguna manera es merecido. Este es un don de Dios para los que de otra forma estuvieran separados de Él por el pecado.

Una vez que Dios ha dado el primer paso, sin embargo, y nos ha tocado con la gracia divina, nosotros somos capaces de cooperar con Él de tal forma que nuestras acciones son verdaderamente nuestras, aunque para hacerlas estamos sostenidos por la gracia de Dios. Nuestras buenas obras son nuestras, como los méritos que le pertenecen, pero son siempre dones de Dios, ya que sólo podemos hacerlas por su gracia. “Los méritos de nuestras buenas obras son dones de la bondad divina⁶⁵” (C2009).

A través de los siglos, una parte significativa de la disputa entre católicos y protestantes ha sido causada por diferentes formas de hablar sobre los mismos temas. El diálogo ecuménico entre católicos y protestantes ha demostrado que con frecuencia se está de acuerdo en muchos más puntos importantes que lo que anteriormente se reconocía. En 1999, la Iglesia Católica y la Federación Mundial Luterana firmaron una *Declaración Conjunta sobre la Doctrina de la*

Justificación, que establecía que “entre luteranos y católicos existe un consenso de verdades básicas sobre la doctrina de la justificación” (n.40).

17. El perdón debe pasarse a otros

Cristo hace que el ser nosotros perdonados por Él, dependa de que nosotros perdonemos a otros: “Que si vosotros perdonáis a los hombres sus ofensas, os perdonará también a vosotros vuestro Padre Celestial; pero si no perdonáis a los hombres, tampoco vuestro Padre perdonará vuestras ofensas” (Mt 6,14-15).

Él hasta nos ordena, en el “Padrenuestro,” rezar por nuestra propia condena si no perdonamos: “Perdona nuestras ofensas como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden”. Nuestra negativa a perdonar - a hacer esta primera obra de caridad - sencillamente nos mandara al infierno si no nos arrepentimos. ¡El Jesús gentil lo dice! ¿Por qué es esto? No es que Dios *se niegue a darnos* el perdón hasta que perdonemos, sino que *no podemos recibir* el perdón de Dios si no tenemos corazones contritos. Si nuestro corazón está cerrado como un puño firme, para perdonar a los demás, también estará cerrado para recibirlo de Dios.

La diferencia entre el corazón que perdona y el que no perdona es como la diferencia entre el Mar de Galilea y el Mar Muerto. La misma agua, el agua del Río Jordán, fluye hacia los dos cuerpos de agua. Pero el Mar Muerto actúa de acuerdo con su nombre - nada puede vivir allí - porque no distribuye el agua viva que recibe. No tiene desembocadura. Pero el Mar de Galilea está tan vivo que todavía se pesca allí como se hacía en los tiempos de Jesús. Puesto que el agua que recibe también la distribuye. El perdón es así.

Dios nos perdonó una deuda mucho mayor que la que nos debemos unos a otros. Le debemos a Dios más de lo que cualquiera nos debe. No sólo le debemos nuestra propia

existencia, ya que nos creó, y el amor total de nuestro corazón, ya que Él es completamente bueno, pero también nuestra salvación, nuestra esperanza del cielo, la cual Él ganó para nosotros en la Cruz, a un costo que ningún mortal puede comprender.

18. ¿Quiénes son perdonados? ¿Cuántos?

No lo sabemos.

Quando los discípulos de Jesús le preguntaron: “Señor, ¿son pocos los que se salvan? Él les dijo: Luchad por entrar por la puerta estrecha, porque, os digo, muchos pretenderán entrar y no podrán” (Lc 13,23-24). Él no nos dio estadísticas sobre los otros, sólo instrucciones para nosotros mismos.

Cualquiera que sea el número, los perdonados y salvados son siempre demasiado “pocos” para el amor divino. Para el Buen Pastor, 99 de 100 ovejas salvadas eran demasiado “pocas,” y Él pasó todo el día buscando la que estaba perdida (Lc 15). Dios nos reveló su carácter infinitamente misericordioso, lo cual necesitamos saber, pero no las estadísticas de población comparativas del cielo y el infierno, lo cual no necesitamos saber.

Todos sabemos que “Porque todo el que pide, recibe; el que busca halla; y al que llama se le abrirá” (Mt 7,8). Claramente Cristo está hablando aquí de perdón y salvación, no de bienes mundanos. No todo el que busca riqueza o salud o fama la encuentra, pero todos los que buscan a Dios con un corazón sincero y honesto lo encuentran en esta vida o en la próxima. Desconocemos qué proporción de la humanidad verdaderamente busca a Dios en las profundidades de sus corazones, porque no conocemos los corazones de los hombres; pero sí sabemos qué proporción de los que buscan a Dios lo encuentran a Él y su perdón (¡100 por ciento!) porque conocemos el corazón de Dios (Ef 3,14-19).

19. *¿Cómo se perdonan nuestros pecados?*

Objetivamente, por la muerte de Jesucristo. Eso pagó el precio del pecado.

Subjetivamente, por nuestro arrepentimiento y fe. Eso se aplica al pago de Jesucristo.

Esto se aplica a nosotros públicamente como individuos en el Bautismo que perdona el Pecado Original, y en el Sacramento de la Penitencia que nos perdona todos los pecados actuales que son confesados con arrepentimiento.

El arrepentimiento sincero es una condición para recibir el perdón. No podemos ser perdonados mientras planeamos pecar de nuevo. Pero nuestro arrepentimiento no trae el perdón. Todos los sacramentos, incluyendo el de Penitencia, trabajan *ex opere operato*, eso es, objetivamente, del poder y presencia de Cristo en ellos no sólo del poder de las disposiciones subjetivas rectas de nuestras almas. Nosotros somos como grifos; necesitamos voltear la manija, abrir nuestras voluntades, para abrir el grifo del perdón; pero el agua viva del perdón y salvación no proviene de nosotros mismos sino de los mismos sacramentos, por el poder de Cristo en ellos.

Dios le ha dado este poder increíble a su Iglesia: “A quienes perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos” (Jn 20,23). “Lo que ates en la Tierra quedará atado en los cielos, y lo que desates en la Tierra quedará desatado en los cielos” (Mt 16,19).

20. *¿Cómo trabaja el perdón de Dios?*

Los teólogos tienen explicaciones diferentes. La Iglesia no afirma dogmáticamente ninguna de ellas excluyendo a las otras. Como la electricidad o gravedad, no necesitamos saber cómo funciona, sólo necesitamos saber que funciona.

Algunas explicaciones o analogías humanas, que proveen las Escrituras son:

- la legal: Cristo satisfizo las demandas de la ley;
- la económica: Cristo pagó el precio;
- la militar: Cristo venció al Demonio;
- la matemática: Cristo restauró la hoja de balance;
- la emancipación: Cristo nos liberó de la esclavitud a la que nos habíamos sometido nosotros mismos;
- la lavandería: Cristo nos lavó con su Sangre;
- el chivo expiatorio: Cristo nos sustituyó; y
- el escudo: Cristo soportó la ira justa de Dios y nos protegió de ella.

Si alguna de estas analogías nos es útil, estamos invitados a usarla en nuestro pensamiento; si no, no. Lo que sabemos no es la tecnología espiritual, por así decirlo - la teoría de cómo trabaja. Lo que sabemos es mucho más práctico: lo que hizo Dios y lo que nosotros debemos hacer (párrafos 21 y 22 siguientes).

21. ¿Qué hizo Dios para perdonar nuestros pecados?

Él murió.

La muerte de Cristo tuvo el efecto de conseguir el perdón de nuestros pecados. Esos son los datos que conocemos por revelación divina. Cómo funcionó es explicación teológica.

Lo que Dios hizo fue hacerse hombre y sufrir el infierno que nosotros merecíamos (“Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?”), en nuestro lugar, por nosotros. Dios nos libró del garfio al ponerse Él en el garfio, en la Cruz. El precio de nuestra alma fue su cuerpo.

22. ¿Qué debemos hacer para recibir el perdón de los pecados?

A esto Dios nos ha dado contestaciones claras, porque esta es una pregunta práctica, algo que debemos saber.

- 1) Subjetivamente, psicológicamente, en las profundidades del corazón del individuo, incluyendo el inconsciente, *no* está totalmente claro. No podemos juzgar con certeza si cualquier individuo ha cumplido en su corazón subjetivo los requisitos que están objetivamente presentados claramente, como un mapa.
- 2) Pero el mapa está claro. A la pregunta más práctica del mundo: “¿Qué debo hacer para salvarme?” hay una respuesta clara: arrepíentete, cree y practica la caridad.
 - a) Debemos arrepentirnos del pecado, rechazar el pecado, convertirnos, transformarnos, mirar a Dios, buscar a Dios, decir (de corazón) “Hágase Tú voluntad, no la mía”.
 - b) Debemos creer en Cristo, aceptar el perdón de Dios y la salvación como un don gratuito.

Esta fe tiene un componente intelectual, porque debemos saber en cuál Cristo creemos. Los Credos definen quién es este Cristo que nos salva. Sin embargo, la mera creencia intelectual no es suficiente para salvarnos. Porque “también los demonios lo creen - y tiemblan” (St 2,19).

La fe salvífica tiene también un componente personal: debemos abrir verdaderamente nuestras almas a Cristo, escogerlo, entregarnos a Él, aceptarlo con un acto de la voluntad, “sólo di que sí”. Esto es tan simple que es difícil definirlo. Es lo que María hizo cuando Dios pidió permiso para entrar en su vientre; ella dijo: “Hágase en mí según tu palabra.” Y cuando hacemos esto, realmente lo recibimos, recibimos su vida sobrenatural en nuestras almas. “Crear” da como resultado “recibir” (Jn 1,12).

¿Cuándo recibimos a Cristo? En el Bautismo. La fe incluye el Bautismo. No están separados. “Los que os habéis bautizados en Cristo os habéis revestido de Cristo” (Gal 3,27).

El Bautismo es más que un símbolo o ceremonia. “...ahora el Bautismo que os salva” (1P 3,21). “El Bautismo es el primero y principal sacramento del perdón de los pecados porque nos une a Cristo muerto por nuestros pecados...” (C 977).

- c) Tenemos que vivir entonces esta nueva vida de caridad que hemos recibido en el Bautismo. “Fe sin obras está muerta”. “Si no perdonas a tu hermano, tampoco tu Padre celestial te perdonará”.

Estos tres requisitos para la salvación corresponden a las tres “virtudes teologales”, fe, esperanza y caridad (1 Co 13,13). El arrepentimiento significa esperanza en el perdón de Dios, buscando el perdón de Dios. Bautismo significa fe en Cristo, aceptando el perdón de Dios. Caridad significa amor de Cristo y los miembros de su cuerpo, amor por los perdonados.

23. ¿Por qué perdonar?

Nosotros *debemos* perdonar a los demás porque Dios nos perdonó a nosotros.

Nosotros *tenemos* que perdonar a los demás porque, si no lo hacemos, Dios no nos perdonará a nosotros.

Nosotros *podemos* perdonar porque conocemos a Cristo - no sólo como una figura de la historia, sino como un residente actual y permanente presente en nuestras almas. Podemos perdonar porque tenemos su Espíritu y su vida divina (vida sobrenatural, gracia santificante) en nuestras almas, el cual es la vida de ágape, caridad, amor desinteresado. Nosotros tenemos el poder.

24. El poder del perdón para salvar al mundo

Funcionó una vez. Puede funcionar de nuevo. Lo que hizo Cristo, su Iglesia lo puede y debe hacer, institucional y personalmente, sacramental e individualmente. Siempre lo ha hecho sacramentalmente; el Bautismo y la Penitencia siempre

han estado disponibles. Si su gente lo hace con más determinación, como los santos – si nos volvemos santos – podemos ganar el mundo de nuevo.

Es costoso el perdonar. Cuando renunciamos a la justicia y perdonamos, significa sacrificar algo. Pero eso nunca nos costará una fracción de lo que le costó a Cristo.

El Cristiano hace más que trabajar por la “paz y justicia,” tan necesarios como lo son ambos, en corazones tanto como en la sociedad. El Cristiano lucha por la paz por medio del *perdón*.

El Papa Juan Pablo II nos ha dado un ejemplo de perdón: al perdonar al hombre que trató de asesinarlo, y pidiendo perdón a todos aquellos que han sufrido daños por miembros de la Iglesia en el pasado cuando los católicos dejaron de vivir de acuerdo con los principios Católicos: por ejemplo, herejes, protestantes, judíos, mujeres, Galileo. El perdón es una vía de dos sentidos; debemos pedir perdón y perdonar.

Si seguimos la guía Cristológica del Papa, podemos ganar el mundo de nuevo para Cristo. Si no, no. No hay otro camino. Es el camino de Dios.

Notas del Catecismo en el orden en que aparecen en Citas usadas en esta sección:

⁵²⁸ San Agustín, Sermones, 213,8: PL 38,1064

²⁴⁸ Cf. 1 Co 2,16

²⁷⁵ GS 13 § 1.

⁵¹⁹ Catecismo Romano I, 11,3.

⁵²⁷ San Juan Crisóstomo, De sac. 3,5: PG 48,643A.

⁴⁴ Concilio de Trento: DS, 1528.

⁶³ Cf. *ibid.*, 1548.